

MADRID, CON PERDÓN

Mercedes Cebrián · Elvira Navarro · Fernando San Basilio
Esther García Llovet · Carlos Pardo · Juan Sebastián Cárdenas
Jimina Sabadú · Antonio J. Rodríguez · Oscar Esquivias
Natalia Carrero · Grace Morales · Alvaro Colomer
Roberto Enriquez · Jordi Costa · Iosi Havilio



Madrid, con perdón

Varios Autores

Prologo y coordinación
de Mercedes Cebrián

JUAN SEBASTIÁN CÁRDENAS, NATALIA CARRERO, MERCEDES CEBRIÁN, ÁLVARO COLOMER, JORDI COSTA, ROBERTO ENRÍQUEZ, ÓSCAR ESQUIVIAS, ESTHER GARCÍA LLOVET, IOSI HAVILIO, GRACE MORALES, ELVIRA NAVARRRO, CARLOS PARDO, ANTONIO J. RODRÍGUEZ, JIMINA SABADÚ, FERNANDO SAN BASILIO

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta	
Madrid, con perdón	
Prologoillo, de Mercedes Cebrián	
Se busca señorita para trabajo selecto, de Juan Sebastián Cárdenas	
Necesidad de doblar esquinas, de Natalia Carrero	
Gaudeamus porque no nos queda otra, de Mercedes Cebrián	
Los hombres que no nacieron en Madrid, de Álvaro Colomer	
Lazaroviana, de Jordi Costa	
Segundas partes. Nuevos Ministerios, de Roberto Enríquez	
El Chino de Cuatroca, de Óscar Esquivias	
La M-30, gran velada, de Esther García Llovet	
Los ojos, de Iosi Havilio	
Puerta Bonita. La forja del barro, de Grace Morales	
La extraña libertad, de Elvira Navarro	
Fenomenología de La Moraleja, de Carlos Pardo	
Putos modernos, de Antonio J. Rodríguez	
Una bolsa llena de cómics, de Jimina Sabadú	
Al principio Dios creó La Vaguada, de Fernando San Basilio	
Notas	
Los autores	
Créditos	
Acerca de Random House Mondadori	

Prologoillo

Vámonos de lo oscuro, Manolo: panorámica so- leada de Madrid

Mercedes Cebrián

En uno de los textos que figuran en esta antología se reproduce un diálogo del relato *Balada del Manzanares*, de Ignacio Aldecoa. En él, Pili le ruega a su novio: «Vámonos de lo oscuro, Manolo», nada más asomarse al río Manzanares por la noche.

Y es que Madrid, a pesar de su luz a menudo intensísima, es también *lo oscuro* para aquellos que la conocen en profundidad, y no solamente tras la puesta de sol. Este «reseco puerto de cuarta categoría», como aparece definido en otro de los textos de la antología, no acaba de ser fácilmente retratable: se mueve demasiado al posar y le cuesta mostrar su mejor perfil, si es que lo tiene. Asumámoslo entonces: Madrid va a salir entonces un poco feúcho en cualquiera de los retratos que los participantes de este libro ofrecen, pues ninguno ha decidido emplear una variante textual del Photoshop para camuflar sus defectos.

Lo que sí vamos a encontrar en este atlas a todo color de la ciudad van a ser cañas, hectolitros de cañas bien y mal tiradas, servilletas grasientas, huesos de aceituna, y hasta el recuerdo de los omnipresentes gofres de los noventa. Y *chonis* y pijos y locutorios regentados por latinos. Y reaparecerán una y otra vez, como en una letanía, los materiales que otorgan parte de su identidad a Madrid: mucho asfalto, mucho PVC, pero también hormigón, granito y, cómo no, el popular ladrillo color canela que ya empleaban en Mesopotamia en su versión más rústica. Sí, ese mismo bloque de arcilla que

todos consideran detonante de la insostenible situación en la que nos encontramos a día de hoy.

Ese día de hoy, ese afrancesado *aujourd'hui*, se deja ver con claridad en todos los textos que aquí figuran. ¿Y entonces —se quejarán algunos—, para leer sobre todo eso que vemos a diario en la ciudad hemos venido hasta este libro? Probablemente sí: para leer sobre ello, pero también para mirarlo a través de las gafas de los participantes —servidora incluida— y quizá para poner un poco de orden en ese amasijo de materiales y personas que representa Madrid. Para enterarnos de que en el Ensanche de Vallecas existe la calle del Arte Conceptual, que transcurre paralela a la del Arte Pop, o para obtener un completo elenco de los personajes excéntricos que merodean por detrás de Gran Vía, elenco que incluye, como toda lista de seres inquietantes, su correspondiente payaso.

De acuerdo: no queremos que nadie nos imponga explicaciones, pero nunca viene mal una asesoría, un arrojar luz sobre unas coordenadas espacio-temporales, para que nos den entonces ganas de acercarnos a darnos un garbeo por aquel andurrial que desconocemos o, más probablemente, para que se nos quiten por completo esas ganas. Ese podría ser uno de los usos de esta antología.

Pero no todo el *collage* que aquí figura es tan desolador. Si bien no aparecen los bartolillos de crema ni las tertulias del *Balmoral* que mencionaba Manuel Longares en su novela *Romanticismo*, por supuesto que se dejarán caer por estas páginas centros comerciales bien refrigerados —El Corte Inglés, La Vaguada—, o zonas nobles como La Moraleja, la calle Barquillo o el Argüelles plagado de cafeterías en las que acudir a merendar unas reconfortantes tortitas con sirope. Pero en esta ciudad siempre hay que andarse con ojo, no vaya ser que, como ocurrió en 1978, en una de esas cafeterías cercanas a Moncloa se encuentre merendando un señor con bigote que planea, junto a otro amigo militar, dar un golpe de estado. Pues todo eso es Madrid, con perdón.

Se busca señorita para trabajo selecto

Juan Sebastián Cárdenas

Cuando algo se mueve en la comisura del ojo siempre volvemos la cabeza para mirar.

Una sombra se ha posado en la antena del tejado vecino. Es una urraca.

Supongo que descansa. Mira en todas direcciones, el pico amenazante, los ojos como dos cabecitas de alfiler. Su graznido ronco es contestado desde algún lugar cercano en un tono rutinario y marcial.

De pronto la urraca se revuelve, agita las alas y de un salto se echa a volar.

La antena queda vacía, como un signo al que le acabaran de quitar un acento. O mejor, parece una cosa escrita en el aire con uno de esos caracteres chinos. Algo que vendría a ser más o menos así: . El deseo de significado vibra ahí afuera como si acabaran de tocar una campana. Pero la vibración cesa. Y por unos segundos uno se siente sinceramente gratificado, sin saber qué pensar.

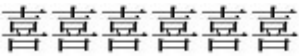
Luego recupera una función, por decirlo así, y vuelve a ser también la antena del tejado de un edificio de apartamentos para la clase trabajadora. Un artefacto creado para recibir ondas. Y las ondas se transforman en mensajes que, según compruebo a través de una de las ventanas del edificio vecino, un miembro de la clase trabajadora recibe con indiferencia, casi involuntariamente, mientras come delante de la televisión. Cuando me dispongo a ensayar una descripción del miembro de la clase trabajadora, este se levanta de su silla, contesta el móvil y sale a hablar a la ventana.

No muy lejos se escucha pasar el tren.

Es un lugar silencioso, cierto. O como dicen algunos: un barrio de

los de antes, un sitio tranquilo y humilde donde los edificios del espurio calentón inmobiliario no lograron acabar con todas las casitas bajas, los antejardines y los patios. Una de las mejores cosas que tiene esta ventana es precisamente que da a una zona de patios traseros con arbustos, palmeras, jardineras con flores, emparrados, un territorio dominado por una pandilla de gatos que, por las noches, llenan el espacio de lamentaciones, aullidos, trifulcas. El jefe de la pandilla es un negro robusto con las patas blancas y los ojos verdes. A veces viene hasta aquí para espiar a mis dos gatas, viejas ya, castradas hace muchos años, de vuelta de todos los apetitos, de todas las farras. Ellas a duras penas se asoman a ese mundo extraño con algo de interés o curiosidad. Ya ni siquiera se sobresaltan con los intempestivos chillidos que se producen durante las peleas de los gatos callejeros.

Desde aquí arriba el espacio de los patios es un agregado de planos solapados, una cosa que recuerda las pinturas de Torres-García. Solo que en las pinturas de Torres-García hay una cierta impresión de organicidad y armonía a pesar de la yuxtaposición. Aquí, por el contrario, hay choque, fricción, los objetos parecen revolverse incómodos dentro de los límites fijos de las líneas de construcción. Nada más lejos de la convivencia pacífica entre opuestos. Otro ejemplo de esa vieja tradición madrileña: la arquitectura de aluvión. Edificios hechos a toda carrera, con materiales baratos y un diseño atroz, cárceles socialdemócratas que, con aire paternalista y modernismo chambón, otorgan al preso su porción (no muy generosa, todo hay que decirlo) de aire y luz. O al menos eso era lo que, en épocas de vacas gordas, solía percibir cada uno a cambio de su ingreso en la cadena de explotación del ladrillo y los servicios. Ahora todo está congelado bajo el mágico hechizo de la Crisis. El miembro de la clase trabajadora, que sigue hablando por teléfono en su ventana, le dice a alguien al otro lado del mundo que la vaina está jodida, pana, no hay folma no hay manela, mi hemmano, me vuá volvé a Santo Domingo o pego pa niuyol con el primo Chilito. Se queja por todo y a continuación, como si una cosa no tuviera que

ver con la otra, hace un listado de las cosas que (reales o imaginarias) se compró el mes pasado: un segundo iphone, tres pares de zapatillas de marca, una cadenita de oro pa un pollito que tiene acá bien gualdado, pero tú no diga ná, socio. De repente las sobadas palabras de Antonio Gramsci rompen el cascarón: la crisis consiste en que muere lo viejo sin que pueda nacer lo nuevo. Paisaje celeste desde la ventana (sin urracas): . OK. Mensaje recibido. Cambio.

Yurlaidis. Peluquería anticrisis

Detesto releer textos viejos y descubrir que he estado haciendo sociología o costumbrismo. La literatura de estos tiempos a menudo incurre en ambas cosas. Quizá sea culpa de la famosa y nunca superada crisis del realismo, eso que empezó como una crítica de cierta ideología de la representación y acabó en una cancelación general y dogmática de los poderes miméticos en el arte, de su capacidad de tocar las cosas y dejarse tocar por ellas; echamos al niño con el agua de lavar. Tal vez la sociología y el costumbrismo —representados en géneros tan populares últimamente como la crónica o la novela social en clave de autoficción o thriller político—, sean algunos de esos escasos discursos bien codificados, socialmente aceptados, que le quedan al escritor para simular o gesticular un contacto con lo real que nunca tiene lugar, en otras palabras, para parecer objetivo sin objetar nada.

Se hacen tamales a medida

Más costumbrismo: a la salida del metro me quedo mirando a un grupo de chicas. Deben de tener entre quince y dieciocho años. Se visten todas igual, con el pelo lleno de laca, maquillaje de travesti, zapatos de plataforma, blusas escotadas de colores chillones y ges-

tualidad macarra, mentón prominente, morritos. Levantan las cejas cada dos frases. Encajarían en lo que aquí se conoce como una «choni» o «poligonera», chicas de clase baja con ínfulas de *fashion victims*. Y sin embargo, tienen una particularidad: son sudacas. O lo parecen. Quizá sean una especie intermedia que se está desarrollando en los nichos ecológicos del extrarradio. Porque mirando con detenimiento me doy cuenta de que algunas son españolas que han acabado por adoptar gestos, expresiones, gustos sudacas (españolas de rasgos ambiguos, un poco morunas, inesperadamente aindias por un toque de color o una mueca). Así que no se trata simplemente de un intento de las chicas inmigrantes por «adaptarse» al entorno y parecerse lo máximo posible al modelo. Porque el modelo también imita a las copias. En últimas ya no se sabe quién imita a quién. Sudacas que devienen chonis. Chonis que devienen sudacas. Recuerdo algo que decía Warhol sobre su deseo de que todo el mundo fuera igual. Busco la cita exacta, vale la pena reproducirla: «Alguien dijo que Brecht quería que todo el mundo pensara igual. Yo quiero que todo el mundo piense igual. Pero Brecht quería hacerlo por medio del comunismo, de alguna manera. Rusia lo está haciendo con el gobierno. Aquí se está dando por sí mismo, sin estar bajo un gobierno estricto; entonces ¿si se está logrando sin siquiera intentarlo, por qué no puede funcionar sin ser comunistas? Todo el mundo parece igual y actúa de la misma manera, y cada vez avanzamos más en ese camino. Pienso que todo el mundo debería ser una máquina».

No sé si estas chicas son esas máquinas de Warhol. De lo que no tengo dudas es de su habilidad para *hacer* máquinas con lo que tienen más a mano, es decir, su cuerpo. Máquinas miméticas. De repente todas las peluquerías del barrio se revelan como auténticos *laboratorios estéticos*. Espacios donde se negocian las nuevas sensibilidades.

Moda Shuang-li. Se traspasa

Como es nuestra costumbre en las noches de verano, Luciana y yo charlamos en la cama hasta muy tarde, con la luz apagada. Nuestras voces se buscan en la oscuridad y se entrelazan como volutas espesas, mientras aprovechamos esa rara lucidez que en ocasiones precede al sueño para arreglar cuentas, planear viajes o imaginar futuros. Esta actividad resulta tanto más placentera cuando Luciana ha bebido algo de alcohol. En tales casos, lo que comienza como una meditación sobre cualquier tema acaba, por efecto del sueño, en un inesperado despeñadero de palabras que ella desgrana minuciosamente con una dicción que parece dictada, intervenida por energías ajenas. Arritoquíto, dice. ¿Cómo?, pregunto. Y ella se despierta de golpe y dice: perdón, hoy estuve horas corrigiendo exámenes, estoy cansadísima (Luciana es profesora de filosofía en la universidad). Entonces sigue contando: por la tarde escuché a dos señoras hablando en el autobús. Eran dos señoras ecuatorianas y estaban en el paro, ¿viste?, pagando hipotecas en España con el dinero que les mandaban las familias desde el Ecuador, ese cuadro, ya sabés. Según entendí se hacían unos pesos cuidando a unos ancianos en Entrevías y limpiando portales. Una de las mujeres dijo que ella tenía suerte porque el anciano al que ella cuidaba estaba totalmente paralizado, un vegetal, así que no le daba mucho trabajo. Aunque siempre permanecía en la cama con los ojos muy abiertos, mirándola como un pájaro de esos que viven en las cuevas. Ambas señoras se rieron con sus risitas de chola. Cuando se les pasó la risa, la otra contó que su viejo, en cambio, era un incordio. Sobre todo porque intentaba manosearla a la menor oportunidad. Como el viejo usaba un tanque de oxígeno, dijo, ella a veces le cerraba la llave para que se ahogara un poquito y solo cuando el viejo le pedía disculpas ella volvía a abrísela y el viejo sonreía dándole las gracias. Como un juego nomás, pues, dijo la señora. Y ambas volvieron a reírse con sus risitas de chola. Menos mal que tenemos trabajo, gracias a Dios, le contestó la amiga. A ver cuánto nos dura. Uno de estos días los ancianos se van a rebelar. Yo te digo que hay noches en que sueño feo con eso, sueño que los ancianos huelen el humo que sale de los

crematorios, un humo gordo que hace nube y llueve y la lluvia de la nube muerta cae encima de la gente y cuando esa agua moja a algún viejo o cuando un viejo huele el humo se vuelve malo y coge mucha fuerza, ataca a las personas y las muerde. Y como hay tanto viejo eso no lo puede controlar nadie y los viejos forman pandillas para salir a morder a la gente. Hasta el viejo tullido al que cuido vuelve a moverse, se empieza a sacudir como si le estuviera dando un ataque, yo no sé qué hacer, el viejo brinca de la cama, se me tira encima y me mira con esos ojos de pájaro, Dios mío, qué susto, Virgen Santa. Las señoras se ríen y yo también me río. Y ellas se voltean a mirarme y las tres nos reímos mucho con risitas de chola y yo les digo: Arritoquítoco y eso nos da más risa.

Abónate a un rayo de primera

Voy de camino al trabajo y me sale al paso una mujer joven para pedirme dinero. Es la cuarta vez en dos semanas que repetimos la misma escena. Me llama la atención, como ya ocurriera en el primer encuentro, lo mucho que se esfuerza por parecer una persona «normal», por disimular cualquier señal que pudiera delatarla como una toxicómana. Va siempre bien vestida, incluso un poco maquillada y lleva un bolso de imitación, quizá demasiado aparatoso. A pesar de todo, es incapaz de contener los gestos de ansiedad y las excusas que utiliza para pedir plata son demasiado inverosímiles. Como digo, es la cuarta vez que nos cruzamos, pero ella no lo sabe o finge no saberlo, así que insiste en que volvamos a repetirlo todo: hola, perdona, dice como si nunca nos hubiéramos visto, es que he perdido el abono de transportes y necesito volver a Coslada, ¿me puedes dejar un Euro que me hace falta? Las tres veces anteriores me he limitado a mirarla fijamente a los ojos antes decirle en tono rotundo: no tengo. A lo cual ella ha respondido a su vez con una súplica: es que tengo que volver a Coslada, me están esperando mis padres, por favor, déjame algo, cualquier cosa. Me recuerda ese re-

lato de Kafka que se llama *Desenmascaramiento de un embaucador* y que en un momento dice: «¡Cómo no se desalentaban, cómo no cejaban e insistían en mirarnos con rostros que aun desde lejos seguían siendo suplicantes! Y sus recursos eran siempre los mismos». Y un poco antes dice también: «Sin embargo, yo los comprendía perfectamente, porque eran las primeras personas que había conocido en las pequeñas posadas de la ciudad, y a ellos les debía los primeros signos de una intransigencia que siempre me había parecido una cualidad tan universal, y que ahora comenzaba a asomar en mí».

Decido por tanto imitar a Kafka y cuando la mujer insiste en que debe volver a Coslada porque sus padres la están esperando yo me detengo, la encaro incluso acercándome demasiado a su rostro, le suelto una palmada en el hombro y le digo: ¡Descubierta!

La mujer se queda perpleja. Yo sigo calle abajo, creyendo ingenuamente que la cosa está saldada, pero ella me da alcance, camina junto a mí y repite: es que tengo que llegar a Coslada, ¿sabes? Me están esperando mis padres. No tengo, digo, aunque mi voz ha perdido algo de contundencia. Ella repite: déjame cualquier cosa, dame algo, lo que sea. No tengo. No tengo. No tengo.

Nos quedamos en silencio.

Caminamos una cuadra entera sin decir nada y yo pienso en la intransigencia, en la de ella para insistir en una mentira claramente descubierta y en la mía por creer que soy capaz de devolvernos a ambos a la realidad, a la verdad. Entonces me doy cuenta de que ella corre con una especie de ventaja de orden ontológico: para ella su deseo de consumir drogas es mucho más real, más intenso, que mi convicción para defender las inestables leyes que sostienen mi propia realidad cotidiana; su mentira será siempre más tozuda. Ni el lenguaje, ni los gestos, ni la presencia de los demás en la calle, nada nos puede sacar de la mentira. Incluso su disfraz de persona «normal» refuerza su poder porque es capaz de generar en mí un efecto de extrañeza. Mis protestas son inútiles. Es imposible desenmascarar a esta mujer. Y aun así, por pura intransigencia, insisto. No

tengo, digo. No tengo. Luego ya no me queda más remedio que apretar el paso.

Jesús es mi pastor

Todas las palabras se revuelven en un intento de decir otra cosa. El lenguaje se empacha de significado a lo largo del día, de modo que en el sueño, mientras dormimos, el malestar del hartazgo revienta las palabras desde adentro. Por lo general durante la vigilia hablamos un lenguaje de esclavos, pero es sobre todo en la escritura donde ese lenguaje lacayo encuentra su mejor espacio de cristalización. Casi todo lo que se escribe tiene la finalidad de grabar en letras de oro la mentira, incluso después de que esta ha sido claramente descubierta. La intransigencia infinita de los escritores, sus cartas, sus poemas, artículos de opinión, novelas, relatos, crónicas, anuncios, el maleficio verdaderamente mágico de una mentira que no desaparece con el simple acto de descubrirla.

Y por el contrario, la posibilidad, la necesidad siempre viva de que las palabras formen una superficie de contacto que sirva para tocar las cosas en un estado de plena conciencia. Una membrana sensible que afecte a todo el cuerpo, no a ningún sentido en particular, que el lenguaje potencial del sueño cobre forma en la vigilia, incluso a golpe de balbuceos y adquiera así ese poder mimético que Frazer describía como «magia simpática», esto es, un lenguaje donde la copia o la imitación (en este caso la palabra, entendida como doble) sea capaz de tocar y producir efectos en lo representado.

El antropólogo Michael Taussig escribe en *Mimesis y alteridad*: «Mi interés por la mimesis se centra, pues, en saber cuáles son las posibilidades de acceder a un conocimiento sensorial en nuestros tiempos, un conocimiento que, al adherirse a la piel de las cosas a través de la copia realista, desconcierte y fascine en una repentina fuga hacia elaboraciones de tipo fantástico (en parte a causa del comercio colonial con *lo salvaje* que implica la historia de los senti-

dos). Hoy en día es común deleznar la mimesis como una forma ingenua o como un síntoma de Realismo. Se considera algo ligado a las opresoras ideologías de la representación, lastradas por ilusiones infiltradas en nuestro sistema nervioso mediante las construcciones sociales del Naturalismo y el Esencialismo. En efecto, la mimesis se ha convertido en ese temido, absurdo o sencillamente cansino Otro, ese indispensable hombre de paja en contra de cuyas pretensiones los posestructuralistas hacen aspavientos y se pavonean. Yo, sin embargo, estoy interesado en la mimesis precisamente porque, en tanto membrana sintiente de lo real, constituye ese momento del conocimiento que, abismado en su objeto, para decirlo con Hegel, consiste «en hacer efectivo lo universal e insuflarle espíritu, cancelando los pensamientos determinados y sólidamente fijados”».

Kandé, gran vidente africano

Desde el ventanal del bar San Diego observo el enorme descampado que se extiende al otro lado de la calle. Hasta hace un tiempo allí seguían en pie algunos bloques de viviendas de interés social, de esas que se construyeron a principios de los ochenta para realojar a la gente que vivía en las chabolas. Siguiendo el procedimiento habitual de las últimas décadas, el ayuntamiento dejó que los bloques se deterioraran para declararlos en ruinas y así poder forzar el desalojo, con el fin de poner esos terrenos a disposición de los especuladores inmobiliarios. Los habitantes se resistieron hasta el último momento pero la policía los sacó por la fuerza. Según me cuentan los camareros del bar, una empresa constructora compró el terreno a un precio irrisorio para hacer unos edificios que nunca llegaron a levantarse por culpa de la crisis. Lo que queda es un amplio territorio de zonas valladas, atravesado por senderos de cemento con bancas de madera y farolas. Por todas partes crece la maleza y como es primavera, se ven también muchas florecitas rojas y amarillas, espigas, hierbajos aromáticos. Bajo el sol del mediodía, solo

unas pocas personas atraviesan el descampado: una madre que empuja un cochecito de bebé y arrastra los pies con desgana, algún ciclista, un niño gitano que parece buscar algo en ese paisaje en ruinas. Uno de los camareros del bar abre una puerta lateral y un chorro de brisa fresca entra al local. Dos gorriones aprovechan para volar a los pies de la barra y se ponen a escarbar entre las servilletas grasientas, pican los mendrugos de pan, los huesos de las aceitunas. Estoy esperando a Luciana, que viene para acá con Iván de los Ríos. Por alguna razón se demoran. Pido otra caña.

Uno de los gorriones encuentra una cabeza de gamba y, haciendo un esfuerzo descomunal, sale volando con su presa en el pico, cruza la calle y vira hacia la izquierda del descampado, donde hay un muro lleno de pósters sobre el 1 de mayo y las movilizaciones contra los desahucios en el barrio.

En ese momento entra al bar un mensajero paraguayo que pregunta por la calle La Diligencia. El camarero le explica muy serio que la calle La Diligencia queda un poco más arriba, pasando la rotonda, que lo mejor es subir por la calle Cleopatra y girar por Romeo y Julieta a mano izquierda. El mensajero da las gracias y se marcha.

Pienso en los nombres de las calles del barrio, con referencias literarias o cinematográficas y me acuerdo de la instalación que hizo Hans Haacke para el Museo Reina Sofía hace poco, en la que muestra imágenes del Ensanche de Vallecas, otra zona fantasma del malogrado boom inmobiliario donde las calles vacías, con sus esqueletos de edificios que nunca acabarán de construirse, tienen nombres como calle del Arte Minimal, calle del Arte Expresionista, calle del Arte Hiperrealista o calle del Arte Conceptual. Para Haacke, que lleva casi toda su vida explorando los vínculos serviles o instrumentales entre las instituciones del arte y los grandes intereses del capital, encontrarse con esa zona del Ensanche de Vallecas debe de haber sido como hallar el Santo Grial. No solo porque de algún modo aquellas calles refrendan sus tesis sobre la complicidad entre arte y grandes negocios, sino también porque se trata de espacios donde